

# La Unión de Profesores Universitarios Españoles en el extranjero, ante la hipoteca de la soberanía española

## "En este sórdido negocio no se sabrá quién vende el alma y quién la compra"

*La Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, cuya Junta directiva central radica en Méjico, ha hecho público el documento que sigue y que nos complace grandemente reproducir porque se trata de un magnífico alegato contra lo que, con frase exacta, se califica en el propio documento de «hipoteca de la soberanía española». Admirable por su forma literaria, lo es todavía más por el razonamiento que desarrolla y por el espíritu ejemplar que lo anima.*

«El mundo se ha enterado de las negociaciones iniciadas por el Gobierno de los Estados Unidos, a través de su jefe de Operaciones Navales, con el jefe de la dictadura española. El Gobierno norteamericano desea obtener bases navales y aéreas, en distintas localidades españolas; el dictador de España desea principalmente obtener ayuda militar. Y como este siniestro contrato de armas es una injuria para el pueblo español, y otra no menos grave para los hombres que en todas partes sienten anhelo de paz, de libertad y justicia, la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, levanta una voz de protesta, que habrá de encontrar eco en el conciencia dolida de todos los hijos de España, y en la de cuantos precien su condición de ciudadanos del mundo.

Este pacto está moralmente viciado desde su origen mismo. Para negociarlo, las dos partes contratantes han tenido que traicionar sus respectivos ideales. La dictadura española sube al poder luchando contra la democracia. Su política exterior durante la Segunda Guerra Mundial es antidemocrática. Y si ahora sella una alianza con la gran democracia norteamericana, mediante una cesión de territorio de la que no hay ejemplo en la historia de España ¿no muestra con ello que su exclusivo interés es permanecer en el poder a toda costa, y que su ideal único no es más que el poder mismo? Por el otro lado, toda persona honrada habrá de preguntarse qué fué de los ideales de ese Gobierno que acaudilla las huestes democráticas del mundo, cuando refuerza con un pacto militar un régimen que ha sido, es y será radicalmente antidemocrático, por su cruel y sañuda posición ante la comunidad de las naciones.

Tales claudicaciones no pueden presenciarse sin sonrojo. Esa misma comunidad de naciones que, al constituirse jurídicamente en San Francisco con el nombre de las Naciones Unidas, repudió a la tiranía española, ¿cómo podrá justificar ahora semejante contrasentido? Contrasentidos los ofrece la vida política en todo tiempo. Las situaciones históricas producen pareceres encontrados, y es posible muchas veces dar con hombres de bien en un lado y en otro. Pero este pacto militar no es un simple episodio político: representa más bien una ruptura de los principios morales en que debe asentarse la convivencia humana civilizada. En este sórdido negocio no se sabe quién vende el alma y quién la compra.

Nuestras palabras de protesta no tienen, por lo mismo, acentos disonantes. Son palabras que consueñan y armonizan, porque expresan convencimientos fundamentales, más hondamente arraigados que todas las posibles diversidades de posición política particular. Así, como españoles y como servidores de la cultura, podemos estar seguros de que nuestro mensaje tiene sentido y alcance de universalidad: de que la nuestra es ahora la voz de la conciencia española, que en España misma ha debido enmudecer por la violencia. No importa cuáles sean las ideas y proyectos que tengamos sobre el futuro de España: todos los españoles—*todos a una también, en esta ocasión histórica*—, hemos de sentir por igual la gravedad de la ofensa, y hemos de unirnos y revincularnos en este común sentimiento. Nosotros, por lo menos, gozamos aquí del beneficio de una libertad que nos permite expresarlo, y no hemos de sufrir en silencio la angustia y la vergüenza.

Pero nuestra voz no aspira sólo a expresar la conciencia de España. Todos los ciudadanos del mundo, los hombres que sientan todavía la hermandad para sus semejantes, y a quienes la codicia, el egoísmo, el fanatismo y la ambición del poder no hayan cegado la visión y corrompido el ánimo, habrán de sentirse representados ahora por esta voz española; porque el agravio nos afecta a todos, aunque lo sintamos en la carne, y no sólo en el espíritu. Triste ha sido el destino del pensamiento español, que cuantas veces en la Historia levantó su voz, con sentido ecuménico, en defensa de la concordia, de la benevolencia y la Justicia, tuvo que enfrentarse a los poderes dominantes en España misma. Pero estas voces pasadas son el verdadero honor de nuestra Historia, y la con-

tribución de nuestra patria a la comunidad humana. Ellas, las de un Luis Vives, y un Padre Vitoria, y un Padre Las Casas, y un Padre Suárez, nos redimen de las variadas formas de opresión que ha debido sufrir nuestro pueblo.

Ahora, sea cual sea la violencia con que el principio de poder predomina en el mundo, también es tiempo de pronunciar palabras de acusación y de alarma; palabras que no son de odio, ni siquiera contra el malvado, sino que previenen de su mal, e intentan defender el bien. Contra la fuerza parece que no haya de tener ninguna fuerza. Pero existe el deber de pronunciarlas; porque toda nuestra civilización occidental se monta y articula sobre palabras. Caen los regímenes, y mueren los hombres belicosos, igual que los apacibles pero esas palabras perviven, y forman una tradición. Cuantos las dicen y cuantos las conocen, constituyen una hermandad solidaria, cuya fuerza benigna es superior a la de los ejércitos. Ellas expresan y forjan los ideales de una vida justa y pacífica, que salva la dignidad del hombre.

Esta dignidad del hombre, además de la paz y la justicia, se ven ahora amenazadas. No podemos defender la democracia arruinando sus propios ideales. Es grave el peligro de una guerra que, si viene, va a producir horribles devastaciones. Y fuera tiempo ya de que los hombres hubiesen saciado su apetito de sangre, en España y fuera de ella, después de tantas y tantas crueldades. Pero lo grave no es la guerra misma. Que si después del desastre pervive un ideal y una fe para el futuro, los hombres tienen el tesón necesario para reconstruir sus ciudades y cuidar nuevamente de sus campos. Los que murieron, no hubieron de morir en vano, ni su memoria quedó traicionada. Pero ¿qué va a quedar después de la destrucción física, si antes de ella hemos ahogado ese ideal y esa llama de fe que pretendimos defender con las armas? Si los grandes claudican antes de iniciar la lucha ¿qué ejemplo tomarán de ellos los débiles, y qué frutos esperan cosechar de su víctima? En suma: ¿qué defienden los grandes? El poder y la supremacía crean responsabilidades. Que respondan, pues, a estas preguntas: ¿qué programa de vida nos ofrecen, si el suyo propio lo corrompen, diz que para defenderlo? ¿Es que ante la conveniencia militar están justificadas todas las arbitrariedades, y no ha de quedar a salvo ninguno de los bienes que más estiman los hombres de buena voluntad?

No sabemos si contiene más peligro el temor de los poderosos o el cinismo de los débiles. Y mucho temor ha de sentir ese Gobierno de los Estados Unidos para humillarnos a todos los demócratas, aliándose con la tiranía española. Del cinismo de esa tiranía no es necesario decir una palabra más. Todo el mundo lo conoce. Todo el mundo sabe que arruinó a España económicamente; que ahogó el renacimiento de su cultura, cuando empezaba a crear una nueva tradición, llena de promesas. Todo el mundo sabe que logró lo indecible: envilecer sus costumbres de tal suerte que ya no hay en España sentido de la comunidad, ni hay ideales de vida, ni respeto de la ley, ni recato ante la corrupción, ni moralidad pública. Y si mucho dura todavía la opresión, acabará por no haber ni el sentido de la propia degradación, última fuerza redentora que resiste al mal.

Pero los reproches no hay que dirigirlos a quien sea tan conocido por enemigo. Repare más bien ese Gobierno de una gran democracia en el daño irreparable que pueden producir esas precarias bases militares que tanto ansía, puesto que tan alto precio está dispuesto a pagar por ellas. La necesaria seguridad de estas bases quedará asociada a la seguridad del régimen que las concede. La realidad de los hechos es que un Gobierno democrático compromete a su pueblo desde ahora a perpetuar un régimen autocrático y tiránico, que se instauró sobre un millón de muertes españolas. No hay razón de conveniencia, de oportunidad, de «realismo», como se dice con mala conciencia; ninguna razón de Estado ni estratégica que pueda justificar tamaña monstruosidad.

Por el contrario, pudieran exhibirse razones históricas, políticas y jurídicas de mucha más fuerza para demostrar el error que se comete con el pacto. Pero nuestra protesta no ha de inspirarse sino en razones morales que apoyan a todas las demás por ser fundamentales, y recaban por ello una adhesión que no se empañe con discrepancias ni particularismos. Nuestras palabras no las inspira siquiera este celo y recelo nacionalista que ha afligido modernamente a los pueblos. Más bien nuestro temor es que la presencia de tropas extranjeras en territorio español preste una base popular al sentimiento antidemocrático, que ahora sólo existe en las esferas del Gobierno; que avive todavía más esa mala pa-

sión estéril del nacionalismo, que sólo produce odios e impide la concordia entre los hombres. Y no habiendo sido sancionada por el pueblo esta presencia de tropas extranjeras, sino tan sólo por una voluntad individual arbitraria, el encono y la exacerbación nacionalista recaerán sobre lo que esas tropas pretenden significar y defender, y acabarán así de envenenar el ánimo de ese pueblo y de sumirlo en confusión. España necesita ahora más que nunca, y más que nadie, el remedio de la paz y la cordura, si ha de encontrar de nuevo el camino de su restauración espiritual y física.

Piense, pues, el poderoso en el daño que produce. Que la defensa militar de la democracia no arruine los principios morales en que se asienta por ella la dignidad de la persona humana. Que esta defensa de la democracia no lleve a la desesperación a un pueblo que ansia restablecerla en su propio pueblo.

La Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, invoca estas razones e invita a que las difundan y apoyen cuantos concuerden con ellas. Sin temor, sin humildad ni arrogancias, sin violencia sobre todo, las presentamos para que las mediten aquellos que tienen el poder y la responsabilidad de tomar una decisión, o de influir en ella. Evitemos, si es posible todavía, que un nuevo agravio escandalice a los hombres de bien y amantes de la libertad. Y si ya no es posible, que nuestras palabras señalen y acusen inflexiblemente, para impedir que se propague en el silencio y la desidia la corrupción del cinismo.

Méjico, D.F., agosto de 1951.

### JUNTA DIRECTIVA GENERAL DE LA UNION DE PROFESORES UNIVERSITARIOS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO

**PRESIDENTE:** Dr. José Giral, profesor de Química Biológica de la Facultad de Farmacia de Madrid. Ex Rector de la Universidad de Madrid. Profesor en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de Méjico.

**VICEPRESIDENTES:** Dr. Manuel Márquez, profesor de Oftalmología en la Facultad de Medicina de Madrid. Ex Decano de dicha Facultad. Profesor de la Escuela Nacional de Medicina de Méjico. — Dr. Mariano

Ruiz-Funes, profesor de Derecho Penal en la Facultad de Derecho de Murcia. Ex Vicerrector de la Universidad de Murcia. Profesor en la Facultad de Derecho de Méjico.

**CONSEJEROS:** Dr. Honorato de Castro, profesor de Cosmografía en la Facultad de Ciencias de Madrid. Ex secretario de dicha Facultad. — Dr. Cándido Bolívar, profesor de Entomología en la Facultad de Ciencias de Madrid. Profesor del Instituto Politécnico de Méjico. — Dr. Francisco Giral, profesor de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia de Santiago de Compostela. Profesor de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de Méjico. — Dr. Urbano González de la Calle, profesor de Latín en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Colegio de Méjico. — Dr. Luis Nicolau d'Oliver, profesor encargado de Griego en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona. — Dr. José Puche Alvarez, profesor de Filología en la Facultad de Medicina de Valencia. Ex Rector de la Universidad de Valencia. Profesor en la Escuela Nacional de Medicina de Méjico. — Dr. Rafael Méndez, profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina de Cádiz. — Dr. Felipe Sánchez-Román, profesor de Derecho Civil en la Facultad de Derecho de Madrid. Ex Secretario de dicha Facultad. Profesor en la Facultad de Derecho de Méjico. — Dr. Antonio Sacristán, profesor de Derecho Mercantil en la Facultad de Derecho de Santiago de Compostela. Profesor en la Escuela Nacional de Economía de Méjico.

**TESORERO:** Dr. Manuel Sánchez Sarto, profesor encargado de Economía Política en la Facultad de Derecho de Barcelona. Profesor de la Escuela Nacional de Economía de Méjico.

**SECRETARIO GENERAL:** Dr. Niceto Alcalá-Zamora y Castillo, profesor de Derecho Procesal en la Facultad de Derecho de Barcelona. Profesor de la Escuela Nacional de Economía de Méjico.

**SECRETARIOS ADJUNTOS:** Dr. Manuel de Rivas Cherif, profesor auxiliar de Oftalmología en la Facultad de Medicina de Madrid. Profesor en la Escuela Nacional de Medicina de Méjico. — Dr. Javier Malagón, profesor ayudante de Derecho Procesal en la Facultad de Derecho de Madrid. Ex profesor del Colegio de Méjico y de la Escuela de Jurisprudencia de Méjico. — Dr. Eduardo Nicol profesor encargado de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona. Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Méjico. — Licenciado Julián Calvo, profesor ayudante de Derecho Penal en la Facultad de Derecho de Murcia.

## Un llamamiento de los militares exilados

# "Ningún militar español puede estar conforme con el tráfico del solar patrio"

*Los militares españoles de más alta graduación entre cuantos viven exilados han dirigido a sus compañeros de armas en España el siguiente documento:*

«A los generales, jefes y oficiales de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire en España,

El sólo anuncio, transmitido por todos los medios de información del mundo, de una posible cesión a una potencia extranjera, de bases navales y aéreas en territorio español a cambio de aprestos militares, ha producido en nosotros hondo malestar, como creemos les ha sucedido a todos los españoles, sin distinción de ideas. El suelo inalienable del país, su soberanía y su legendaria independencia constituyen el acervo más valioso de la Patria, que no es posible pignorar por muy alto que se coticie.

Utilizar, caso de guerra, bases militares españolas por una nación o grupo de naciones que con España hubiesen concertado un pacto o alianza, sería lógica consecuencia, con la precisa condición de haber sido hecho por un Gobierno que representase a España y hubiera merecido la aprobación de la mayoría del pueblo español por medio de sus representantes, libremente elegidos.

Únicamente en esta forma—con la opinión libremente expresada del pueblo español—sería válido un convenio y firmemente cumplido. Pero cuando un hombre por sí, por muy alto que se considere encumbrado, identificando su nombre con el país, dispone del solar patrio como de hacienda propia, el pueblo recibe trato de coloniaje y lo tratado lleva en sí

un vicio de nulidad que fatalmente hará sea incumplido en el momento oportuno por la gran mayoría de un pueblo profundamente agraviado, al que será muy difícil, además, explicarle que ello se hace en defensa de la libertad a las órdenes de Franco.

¡Nosotros, militares profesionales españoles en la expatriación, sin compromiso alguno con ningún partido político, que hemos defendido la legalidad de unas instituciones que no han prescrito, que no tenemos otra representación que la personal y la que quieran prestarnos otros compañeros, con el orgullo de una vida ejemplar, y españoles ante todo, sentimos el sonrojo de la vergüenza al conocer lo que se intenta y nos unimos a los miles de españoles que en el destierro, con libertad de expresión, lanzan a gritos su protesta airada y con los millones que dentro del país la profieren muda, aun cuando su sentir sea tan hondo como el nuestro.

¡Antiguos compañeros de armas! Vuestro patriotismo os obliga a atender nuestro llamamiento, sobreponiéndoos a todas las diferencias que nos puedan separar. Hay que evitar que España sea tratada como un pueblo al que se manda y del que se dispone, entregándole como precio de su sumisión un puñado de monedas. Ningún militar español puede estar conforme con el tráfico del solar patrio.»

El documento lleva como primeras firmas las de los generales José Miaja, Francisco Llano de la Encomienda, Fernando Martínez Monje, José Asensio, Vicente Rojo, Juan Hernández Saravia, Emilio Herrera y Leopoldo Menéndez, el coronel Antonio Camacho, por el Arma de Aviación y el capitán de navío Federico Monreal, por la Marina de Guerra.